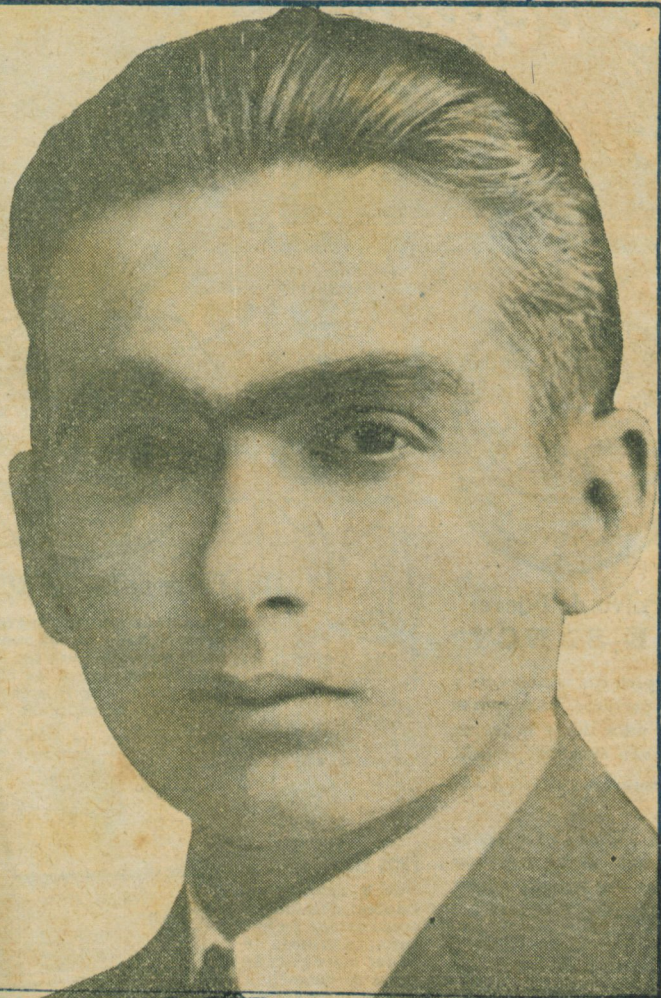


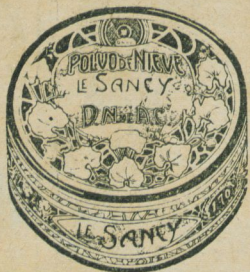
LA NOVELA SEMANAL



ALMA NEGRA
POR
MONTEIRO LOBATO

PRIMERA Y UNICA PUBLICACION EN SU GENERO
PRECIO: 10 Centavos — Más de 250.000 personas la leen

Factores de belleza femenina



Polvo de Nieve "LE SANCY"

De perfecta adherencia y rico perfume. Basta por sí sólo para dar a la tez un notable encanto juvenil.

La caja..... \$ 1.70

Estos Polvos de Tocado se preparan en los siguientes tonos: Piel Natural, Rachel, Morocho y Rosado.

Se venden en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

BLAS L. DUBARRY

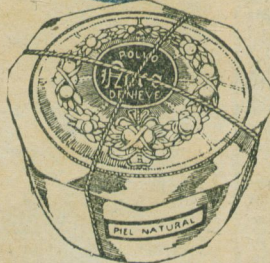
458, MEDRANO, 478 - Bs. Aires
1575, Defensa, 1585 - Montevideo



Polvo Líquido KENDAL

Une a sus descolantes cualidades como factor de belleza, la ventaja de poder ser aplicado sobre el escote sin que manche el vestido.

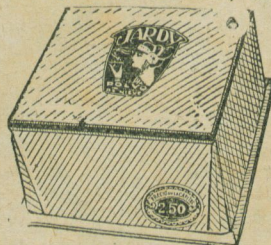
El frasco.. \$ 3.60



Polvo de Nieve "NORA"

Preparado con los ingredientes más finos, puros y costosos expresamente para las damas que desean dar a su cutis el tono perlado de la más admirable belleza natural.

La Caja..... \$ 4.75



Polvo de Nieve "JARDY"

En su esmerada elaboración se emplean los más finos y seleccionados ingredientes que tanto contribuyen a hermosar el cutis femenino. Su perfume es delicioso.

Precio de la caja..... \$ 2.50

211556:5, 183 (1921)

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos

Precio de venta al público, ejemplar de la semana y atrasado 10 cts.

“El Suplemento”

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA. — APARECE EL 2º MIERCOLES DE CADA MES, CONTENIENDO CUENTOS Y NOVELAS DE LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES DEL PAIS Y EXTRANJERO :: :: :: :: ::

Redacción y Administración: FLORIDA 248

Precio de venta al público: 20 centavos cada ejemplar del mes y 40 » » » atrasado

Unico concesionario para la Capital Federal, Luis B. Galván



De venta en todas las Farmacias al precio de 0.45 centavos

AL PÚBLICO AVISO IMPORTANTE



Es un deber en darles a conocer a los señores lectores y lectoras, cuál es el verdadero secreto que debe emplear toda persona que procura obtener prosperidad en sus empresas y realizar las aspiraciones deseadas.

Y como estoy seguro del resultado que se obtiene, he resuelto remitir GRATIS, un hermoso librito que guiándose por sus indicaciones, por sí mismo uno puede desarrollar su inteligencia y energía que le permitan triunfar en cualquier asunto, por difícil que sea.

Los interesados no deben dejar de aprovechar esta oportunidad en solicitarlo, enviando 0.10 ctvs. en estampillas, y dirección bien clara, nombre, apellido y edad, que a vuelta de correo lo recibirán junto con otro detalle que le interesará mucho.

R. PEREZ G.

Calle French No 53, Avellaneda Buenos Aires

más

Devolvemos el dinero al alumno desconfirme de la enseñanza de nuestros cursos por **CORRESPONDENCIA**, Escribanos pidiendo informe.

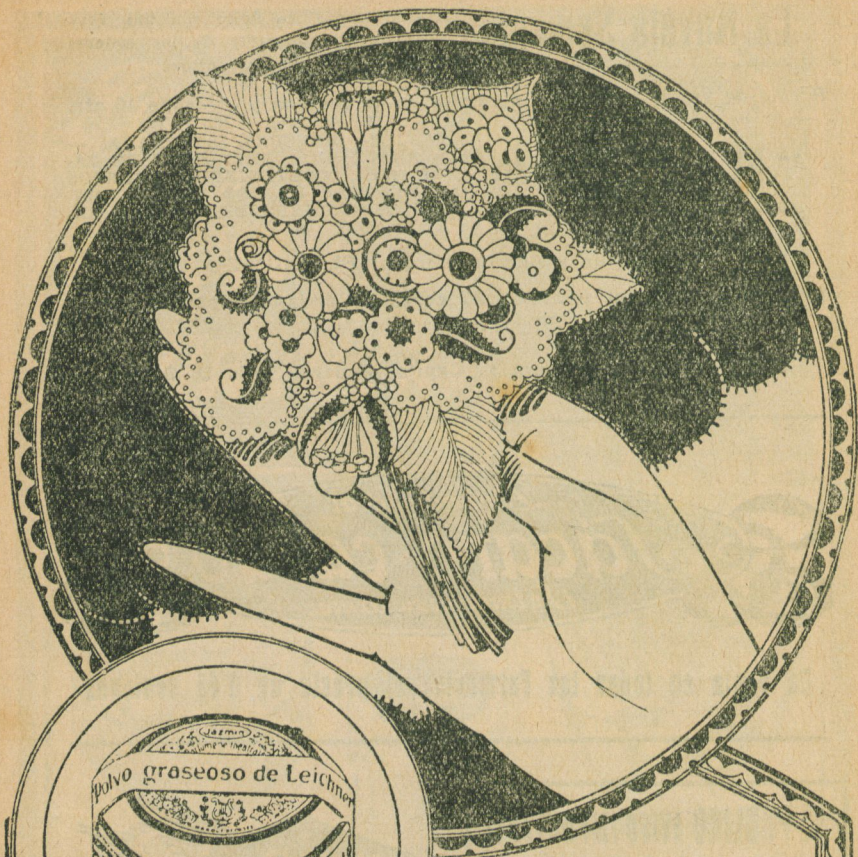
Contador	Chauffeur
Taquigrafía	Electricista
Ortografía	Mecánico
Caligrafía	Dib. jo
Tenedor de libros	Aritmética

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1050 LAVALLE - Bs Aires

Nombre

Dirección (N. S.)

REGALO



Conservar en el rostro femenino los encantos faciales propios de la juventud y mantener el cutis en un envidiable estado de frescura, suavidad y delicadeza, son los principales e inmediatos efectos que produce el uso constante de

Polvo Graseoso

LEICHNER

Las excelentes propiedades de este acreditado producto de belleza, le han caracterizado entre las damas como el más eficaz y refinado elemento de todos los destinados al hermoseamiento del rostro y al cultivo, embellecimiento y conservación de los atractivos del cutis.



EL LUNES PROXIMO PUBLICAREMOS
EL IDILIO DE SIMON

Por HECTOR PEDRO BLOMBERG

Ningún escritor como éste ha sorprendido con tanta sagacidad y arte esa existencia internacional, plétórica de pasiones, ruda y terrible, de nuestros puertos, y ese mundo que gira en su rededor. Y con una visión de hombre y artista, nos narra un idilio que nace, y lucha palpitante en ese medio ambiente interesantísimo por los tipos, el escenario en que se agitan, y las pasiones que los mueven.

Recomendamos la lectura de nuestra revista mensual «EL SUPLEMENTO» en la que colaboran los más destacados escritores del país y extranjero.

«EL SUPLEMENTO» contiene 80 páginas con 12 ó 14 novelas y cuentos profusamente ilustrados y algunas notas interesantes.

Lea al final de esta novela el contenido del Nº 15, que aparecerá pasado mañana 18 de Mayo. Precio de venta al público, 20 ctvs. Pídale con anticipación a los vendedores de diarios, estaciones del Subterráneo y Ferrocarril o a nuestros Agentes del interior.

ALMA NEGRA

POR MONTEIRO LOBATO

Monteiro Lobato es el más profundo y ameno escritor brasileño y en esta obra, especialmente escrita para nosotros, revela como en ninguna otra, las admirables cualidades que lo han impuesto en su país.

Alma Negra es un delicado y vigoroso romance, digno de ser cantado en verso, tal es de hermoso y humano. Y para evocarlo vibrante y conmovedor, es necesario tener las relevantes cualidades de este artifice de la pluma.

La Dirección.

Viajábamos por las regiones desiertas por donde pasara el coche triunfal de Su Majestad el Café, arrastrado por el Negro, cuando las nubes del cielo, ventradas, empezaron a deshacerse. Síntoma infalible de lluvia. Para confirmarlo, un viento brusco, áspero, vino a romper el calor sofocante, sacudiendo la tierra como previniéndola del inminente baño meteórico. Remolinos de polvareda sorbían las hojas secas y las garranchas que se atorbellinaban en espirales por las alturas. Sofrenando el animal, me detuve, para examinar el cielo.

—No hay duda — dije a mi compañero, — ¡la tenemos y buena! El remedio es guarecernos, cuanto antes, en algún socavón, porque el agua viene rajando.

Circunvagué la mirada en torno. Una serie de sierras escabrosas que se perdía de vista, sin una casucha de paja que nos incitase con un «ven aquí».

—¿Y ahora? — exclamó desorientado Jonás, viajero novicio que todo lo fiaba en mi experiencia.

—Ahora hay que galopar. Detrás de este espigón hay una fa-



zenda en ruinas, de mala fama por cierto. Único oasis posible en esta emergencia. La Casa del Infierno le llaman los paisanos.

—Pues rumbea hacia el infierno, ya que el cielo nos amenaza —replicó Jonás, espoleando su caballo y siguiéndome por un atajo.

—¿Tienes valor? — le grité. — ¡Mira que es casa de mala catadura!...

—¡Bien venida sea! Hace años que busco una, sin encontrar nada que valga. ¿Cadenas que se arrastran en el silencio de la noche?

—De un viejo negro que fuera esclavo del finado capitán Alejo, fundador de la fazenda, he oído cosas que hacen estremecer...

Jonás, la criatura más jactanciosa de este mundo, no desperdició la oportunidad de una balandronada.

—De estremecer a ti, que a mí bien sabes que sólo me estremecen las cadenas...

—Lo creo; pero galopa, porque el diluvio no tardará.

El cielo ennegreció uniformemente. Un relámpago fulguró, seguido de un formidable estruendo que allá se fuera dando cabezadas por los morros hasta perderse en la distancia. Y las primeras gotas vinieron, escoteradas, a picotear en el suelo reseco.

—¡Espuela! ¡Espuela!

Pronto alcanzábamos el espigón en cuyo tope vimos el caserío fatídico, tragado a medias por un malezal de tapera. Las gotas menudearon convertidas ya en agua empapadora, cuando las herraduras de las bestias resonaron en el empedrado del viejo patio. Nos dirigimos rumbo a un sotéchado abierto en sus costados, allá apeamos, al fin, sofocados, pero a salvo de mojadura.

Y el chaparrón fué furioso, como cuerdas de agua a plomo; como debía de haber sido el chubasco bíblico del diluvio universal.

—¡Maldito tiempo! Ya no podré almorzar en Vassouras mañana, como deseaba...

—¡Lluvia de verano cabe en la mano! — le consolé.

—Sí, pero hoy ya no nos será posible alcanzar el puesto de Alonso.

Consulté mi reloj.

—Las cinco y media. Es tarde. En cambio, tendremos que tragar en lo de Alejo, y dormir con las brujas, y con el alma del capitán infernal.

—Eso menos mal — filosofó el impenitente Jonás. — Que así al menos tendremos qué contar mañana.

El temporal duró media hora, al cabo amainó, con los relámpagos espaciados y los truenos roncando muy lejos de allí. A pesar de estar cercana la noche, aun teníamos una hora de luz para sondar el terreno.

—Ha de vivir por aquí cerca algún urumbeba — dije. — No hay tapera sin alimañas. Vamos a la caza de ese hongo bendito.

Montamos de nuevo y salimos a rodear la fazenda.

—Has acertado — exclamó de pronto Jonás, divisando una casucha erguida entre las motas de vegetación, a unos doscientos pasos de distancia.

—Pico de loro, pié de mamón, terrenito pelado: ¡es el urumbeba suspirado!...

Hacia allá nos dirigimos y ya gritábamos desde el patio: «¡Ha

de la casa!», cuando una puerta se abrió encuadrándose en ella un negro de cabellos blancos. ¡Con qué alegría le saludamos!...

—¡Padre Adán! ¡Viva!

—¡Jesucristo! — respondió.

Era de los legítimos...

—Por siempre — dije yo. — Estamos aquí acorralados por la lluvia e imposibilitados de proseguir viaje. Tío Adán ha de...

—Tío Benito, para servir a los blancos.

—Tío Benito ha de conseguirnos albergue por esta noche.

—Y manduca — añadió Jonás, — porque tengo la caja de las empanadas dando las horas.

El excelente negro se sonrió poniendo al descubierto su sistema dental, y dijo:

—Pues hay que apearse. Casa pobre, pero de buen corazón. Cuanto a «de comer», comidita de negro viejo, ya sabe...

Nos apeamos alegremente.

—¿Angú? — bromeó Jonás.

El negro rió.

—Ya se fueron los tiempos del angú con «bacalhau»... (*)

—Y no dejó saudades, ¿eh, tío Benito?

—No dejó saudades; no. ¡Eh, eh!...

—Para ustedes, los negros; porque entre los blancos hay muchos que lloran aquel tiempito de las vacas gordas. No fuera el Trece, y no estaba yo aquí ahora, deshaciendo las uñas en este demonio de rebenque que se endureció con la lluvia, y no ata ni desata. Es un trabajito para grumete...

Desensillamos las bestias y después de soltarlas, entramos a la vivienda, abarcando con la vista los cachivaches. Vimos luego que era demasiado pequeña para cobijarnos a los tres.

—Amigo Benito, mire: no cabemos aquí tanta gente. Lo mejor es que nos acomodemos en la casa grande, porque esto no es casa de bicho-hombre, sino nido de cuises...

—¡Cómo! ¿Los blancos quieren dormir en la casa embrujada? — exclamó, sorprendido, el negro. — No les aconsejo, no. No faltó ya quien lo hizo, pero se arrepintió pronto.

—Nosotros también nos arrepentiremos, después, mañana; pero ya con la dormida en la bolsa — dijo Jonás.

Y como el negro abriese la boca, concluyó:

—Usted no sabe qué es coraje, tío Benito. Aguantamos a siete; ¡Y almas, una docena! Vamos allá. ¿Está abierta la casa?

—La puerta del medio se atrancó; pero la fuerza de los hombres ha de abrir.

—¿Abandonada hace mucho tiempo?

—¡Quinzaño! Desde que murió el último hijo del capitán Alejo, quedó así: nido de murciélago y de suindá.

—¿Y por qué la abandonaron?

—Descabezada del mozo. Pra mí, castigo de Dios. Los hijos pagan las ruindades de los padres, y el capitán Alejo, ¡Dios me perdone!, fué malo, malo, enteramente malo. ¡Tenía fama! En diez leguas a la redonda, quien quería amenazar a un negro roncador, no había más que decirle: «¡Aguarda, demonio, que te vonda al

(*) Rebenque de lonja ancha que se empleaba para azotar a los esclavos.

capitán Alejo!» ¡El negro se volvía que ni una seda!... Pero lo que él hizo, los hijos lo pagaron. Eran cuatro: ño Iñacito, el mayor, que murió en el tren, machucado; ña Sabelita...

Mientras el negro hablaba, insensiblemente íbamos caminando hacia la casa maldita. Era el caserón clásico de las antiguas fazendas negreras. Edificado en dos pisos, se erguía sobre cimientos y muros de piedra hasta mitad de altura, y de allí sobrè palos a pique. Puntales de cabreúva, entremostrando piques de hachuela, en los trechos por donde se desprendiera el revoque. Ventanas y puertas en arco, con los batientes desvencijados. Entre los intersticios de la piedra moteaban los yuyos y en las partes sombrías y húmedas, raquíticos helechos. En un rincón crecía una añosa higuera salvaje, abrazando las piedras en su terrible cordelería tentacular. En la puerta de ingreso se proyectaba una escalera doble con techo encima y parapeto descantillado.

Me puse a mirar aquello invadido de la melancolía que siempre me causan las ruinas, y se diría que en Jonás la sensación era la misma, pues que lo vi volverse grave, con la mirada clavada en la casa, como quien recuerda. Perdió el buen humor y el espíritu chacotón de hacía poco. Enmudeció.

—Pues ya está visto — dije al cabo de algunos minutos.—Vamos ahora a la manduca, que ya es tiempo.

Volvimos. El negro, que no paraba de hablar, se refería ahora a su vida allí.

—Murió todo, y quedé solo. Conservo unas plantas a la vera del río; palmito en el mato y una paquita, de vez en cuando en la planta del chuzo. Como soy solo...

—¿Solo? ¿Solo? ¿Solo?

—¡Solito! ¡solito! La Merencia murió, hace ya tres años. Los hijos, nada sé de ellos. Hijos son como las aves: crían plumas, y alzan el vuelo. El mundo es grande—andan por el mundo, volando...

—Pues, amigo Benito, sépase que es usted un héroe y un gran filósofo, digno de ser recordado en prosa o en verso por los hombres que escriben en los diarios. Pero filósofo, y de la peor especie, me está pareciendo aquel sujeto... — concluí refiriéndome a Jonás que se había atrasado y detenido de nuevo contemplando la casa.

Le grité:

—¡Muévete, poeta que ladras a las lagartijas! Mira que saco vacío no se pone de pie, y tenemos diez leguas que engullirnos mañana.

Me respondió con un gesto vago y se quedó en el mismo sitio, inmóvil.

Abandoné al meditabundo y entré en la casucha del negro, que encendiendo luz — un candil de aceite, — fué al rescoldo a buscar unas mandiocas asadas. Las puse sobre un mocho, calentitas, diciendo:

—Es lo que hay. Esto, y un restito de paca ahumada.

—¿Y te parece poco, Benito? — dije, metiéndole dientes en el rizoma delicioso. — ¿No sabes que si no fuese tu providencial presencia, tendríamos que manducar un guisadillo de brisas con torreznos de céfiros hasta llegar a la venta de Alonso mañana?

¡Que Dios te bendiga y te dé en el cielo un mandiocal sembrado por los ángeles!

Cesó la lluvia. ¡Qué cielo! Alternaban las estrellas, vivísimas, con masas negras de nubes acastilladas. En la tierra, oscuridad de brea, rasgada de piques de luz de estrellas errantes. Una lechuza chistó distante sobre el gajo muerto de una perobera.

¡Qué soledad, qué espesura de tinieblas es la de una noche así, en lo yermo! En esos momentos es cuando se concibe bien el origen tenebroso del Miedo...

Terminada la frugal comida, dije al negro:

—Ahora, amigo, hay que prendernos a estas mantas y pieles, además la luz, e irnos a la casa grande. Te duermes allá con nosotros, a guisa de para-rayos de almas. ¿Agarras?

El, satisfecho de sernos útil, alzó las colchas y me dió, para llevarlo, el candil. Y allá fuimos por el oscuro de la noche chapoleando en los baches de agua y en las gramas empapadas. Hallé a Jonás en el mismo sitio, frente a la casa, inmóvil y absorto.

—¿Pero estás loco, muchacho? — le dije. — ¿No comes, tú que reventabas de hambre, y te quedas así, como cotorrita delante de una víbora cascabel?

Me miró de un modo extraño y por toda respuesta ahogó un «déjame». Quedé estupidizado, mirándolo unos instantes, desorientado de veras, por tan inexplicable actitud. Y fué así, con arrugas en la frente, que subí la escalinata musgosa del caserón.

Estaba, en efecto, trabada la puerta, como dijera el negro, pero mediante valientes hombrazos, abríla lo necesario para dar paso a un hombre. Apenas entramos, una bandada de murciélagos, asustados con la luz, se desbandaron atontados, en vuelos sordos.

—¡Los monos me pellizquen si esto no es un cuartel general de todas las ratas con alas de este y de los mundos vecinos!

—Y de los suindás, patroncitos. Vive aquí una bandada que me te miedo — agregó el negro al oírlos piar en el techo.

La sala de espera entonaba con el resto de la fazenda. Paredes cubiertas agrietadas, escurridas de goteras, con vagos vestigios de empapelado. Muebles, algunos, descangallados: dós sillas Luis XV, con la esterilla rota, y mesa de centro del mismo estilo con el mármol ennegrecido por el guano de los murciélagos. En el techo, tablas desprendidas, entremostrando agujeros oscuros.

Lúgubre, lúgubre...

—Tío Benito — dije procurando disfrazar con palabras la tristeza del corazón,—esto ha de ser la sala de honor del sabbá de las brujas. Que no vengan hoy a llevarnos por delante ni aparezca el alma del capitán mayor a infernalizarnos el sueño. ¿No es verdad que el alma del capitán mayor vaga por aquí a deshoras?

—Dicen — respondió el negro. — Dicen que aparece allí en la casa del cepo, no a las diez, sino a media noche, sangrando las uñas, de arañar las paredes...

—¿Y después viene aquí a arrastrar cadenas por los corredores, eh? ¡Cómo es de pobre la imaginación popular! Siempre y en todas partes, la misma cantinela de los ruidos de cadenas. Pero vamos a lo que interesa. ¿No habrá un cuarto mejor que esto, en esta hospedería de maese Tifioso?

—Maber, hay — exclamó el negro, — pero es el cuarto del capitán mayor... ¿Se le anima?

—¿Todavía no estás convencido, Benito, de que soy un pozo de valor?

—El pozo tiene fondo... — replicó él, sonriendo filosóficamente. — El cuarto está aquí, a la derecha.

Me dirigí hacia allá. Entré. Cuarto amplio y en mejor estado que la sala de espera. Guarneciánlo dos viejas marquesas de esterilla enmohecida, además de varias sillas rotas. En la pared, un retrato con la moldura clásica de la época, dorada, de cantos redondos con florones. Limpié con el pañuelo el polvo acumulado en el vidrio y vi que era un daguerreotipo esfumado, representando una imagen de mujer.

Benito advirtió mi curiosidad, y explicó:

—Es el retrato de la hija mayor del capitán Alejo: ña Sabel, una moza muy desgraciada...

Contemplé largo rato aquella antigüalla venerable, vestida a la moda de la época.

—Tiempo de los miriñaques, ¿eh, Benito? ¿Recuerdas de los miriñaques?

—¡Si me recuerdo! La siñá mayor cuando venía de la ciudad era así como andaba ella, que ni una pava clueca...

Volví a la pared el daguerreotipo y me puse a arreglar las marquesas, disponiendo en una y en otra las pieles a guisa de almohadas. En seguida fuí al corredor, con la luz en la mano, a ver si amadrinaba a mi rehacio compañero. ¡Era por demás aquella manía! No comer y ahora quedarse allí en el relente...

Perdí mi tiempo. Ni con un «déjame» me contestó esta vez.

—Si se le descompone la cabeza, aquí, en estas alturas...

Torturado por esta idea no pude sosegar me. Confabulé con Benito, y resolvimos salir en busca del extraviado. Fuimos felices. Le encontramos a poco en el patio, frente a la antigua casa del cepo. Estaba inmóvil y mudo. Levanté la luz a la altura de su rostro. ¡Qué extraña expresión la suya! No parecía el mismo, no «era» el mismo. Me dió la impresión de un hombre rigidizado de músculos, en el último suspiro de una lucha suprema, con todas las energías crispadas en una resistencia feroz. Lo sacudí con violencia.

—¡Jonás! ¡Jonás!

En vano. Era un cuerpo abandonado por el alma. Era un hombre «vaco de sí mismo»... Estupefacto ante el fenómeno, concentré todas mis energías y secundado por Benito lo conduje a la casa. Al entrar en la sala de espera se estremeció, se detuvo, dirigiendo los ojos hacia la puerta del cuarto. Sus labios temblaron. Percibí que articulaban palabras ininteligibles.

Se precipitó luego hacia el cuarto y dando con el daguerreotipo, lo tomó con frenesí, lo besó y rompió en un sollozo convulsivo. En seguida, como exhausto de una gran lucha, cayó sobre la marquesa, postrado, sin articular una palabra más. Inútilmente lo interpele, buscando la clave del enigma. Jonás permanecía desvanecido... Le taceé el pulso: normal. La temperatura: regular. Pero abandonado, como un cuerpo muerto. Permanecí junto a él una buena hora, con el cerebro sacudido por mil ideas. Al fin, viéndolo tranquilo, me acerqué al negro.

—Cuéntame lo que sepas de esta fazenda. Tal vez...

Mi idea era deducir de las palabras del negro una explicación de la crisis misteriosa.

Benito habló en voz baja, temeroso de despertar al enfermo. Me contó cómo vino a dar allí, comprado por el mismo capitán Alejo, en el Vallongo, mocetón aún. Refirió la formación de la fazenda y el carácter cruel del amo.

—;Era malo, siñó blanco, como debe ser malo mandinga! Atormentaba, porque sí, a la gente; por el gusto de atormentar. Al comienzo no era así; pero fué empeorando con el tiempo. Parece que perdió el corazón y el alma le huyó del cuerpo. En el caso de la Liduina... La Liduina era una linda mulatita criolla, criada aquí en la fazenda. Muy vivaracha, desde chiquita pasó del rancho a la casa grande para servir de mucama a la niña Isabel... Esto fué — dijo recordándose — debe hacer sesenta años, mucho antes de la guerra del Paraguay. Yo era un muchachote y trabajaba aquí dentro, en el patio. Veía todo lo que pasaba. La mucama, una vez que la amita Isabel vino de la corte a pasar las vacaciones en la sierra protegió los amoríos de ella con el portuguesito, y fué entonces...

La marquesa en donde dormía Jonás crujió. Miré. Estaba sentado, presa de convulsiones. Los ojos exorbitantes, se fijaban en algo invisible para mí. Sus manos crispadas arañaban la esterilla rota. Lo agarré, lo sacudí.

—;Jonás! ¿Qué tienes?

Me miró sin ver, con la retina muerta, en un aire de desvarío.

—;Jonás, habla!

Intentó murmurar una palabra. Sus labios temblaron, en la tentativa de articular un nombre. Por fin, pudo enunciar, sofocado:

—Isabel...

Pero aquella voz no era ya la voz de Jonás. Era una voz desconocida. Tuve la plena confirmación de que un «yo» extraño había tomado por asalto su cuerpo vacío. Y hablaba por su boca y pensaba con su cerebro. No era Jonás, positivamente el que allí estaba. ¡Era «otro»!...

Estaba, sin embargo, escrito que al horror de aquella noche de truenos y de misterios no faltaría una nota siquiera. Así fué, cómo a altas horas, la luz comenzó a disminuir. Me estremecí y permanecí con los cabellos de punta cuando la voz del negro murmuró la única frase que yo hubiera dado todo por no oír.

—El aceite se concluye...

—¿Y no hay más, allá, en tu casa?

—Era el resto.

Me aterrericé...

Los truenos repercutían lejos, y el bramar del viento en las casuarinas era el mismo de siempre. La naturaleza parecía empeñada en poner a prueba la resistencia de mis nervios.

De pronto, un estallido en el candil. La luz brujuleó una claridad postrera y se extinguió.

Tinieblas. Tinieblas absolutas...

Corrí a la ventana. La abrí.

Las mismas tinieblas allá afuera...

Me sentí ciego...

Busqué la cama tanteando, y caí de bruces sobre la esterilla carcomida.

Hacia la madrugada, Jonás comenzó a hablar solito, como quien hace memoria. Pero no era mi Jonás el que hablaba: era el «otro». ¡Qué escena!...

Tengo, hasta ahora, como grabadas a buril en el cerebro todas las palabras de aquella misteriosa confidencia proferida por el incubo en el silencio de las tinieblas profundas. Mil años que viviera, nunca se me borraría de los oídos el resonar macabro de aquella voz de misterio. No reproduzco sus palabras de la manera que las enunció. Sería imposible, además de nocivo, a la comprensión de quien lee. El «otro» hablaba al modo de quien piensa en voz alta, como recordando. Lenguaje taquigráfico, lo coloco aquí traducido en lenguaje corriente.

* * *

«Mi nombre era Fernando. Hijo de padres desconocidos, cuando me tuve por gente rodaba en el mar de la vida, como corcho en la superficie de las ondas... A la ventura, a merced de los vaivenes de la miseria, sin afectos de hogar, sin amigos, sin punto de apoyo en el mundo.

Era durante el Reino, en Póvoa-do-Varzim; y del Brasil, la buena colonia prelúcida en todas las imaginaciones como el Eldorado, oía siempre decir maravillas a los marineros de tornaviaje.

Fascinado, determiné emigrar.

Partí para Lisboa, un día, a pie, como un pequeño vagabundo de carretera. Caminata inolvidable, hambrienta; pero rica de los mejores sueños de mi vida. Me veía en la tierra nueva convertido en mercachifle de chucherías. Después, ventero; después, comerciante con casa fuerte en Río. Después, casado ya con una linda mozueta, me veía de nuevo en Póvoa, rico, respetado, viviendo en quinta, señor de viñedos y tierras de cultivo.

Así mecido en sueños de oro, llegué al puerto de Lisboa, donde pasé el primer día en los muelles, enamorado de las embarcaciones fondeadas en el Tajo. Una había que se aprestaba para zarpar rumbo a la colonia, la carabela **Santa Teresa**. Haciendo camaradería con viejos marineros en holganza, por allí conseguí el contrato necesario.

—Allá atracas — me aconsejaba uno, — te ahondas hacia el desierto. Comercias y te enriqueces, y vuelves aquí excelentísimo. Es lo que yo haría si tuviese los años verdes que tienes.

Así hice; y grumete de la **Santa Teresa** boyé en el océano rumbo al país de las maravillas.

En Africa fondeamos para recoger negros de Angola, metidos en las bodegas como fardos de cuero fresco con carne viva por dentro. ¡Pobres negros! Desembarcado en Río, tuve ocasión de verlos aún en Vallongo, semidesnudos, expuestos a la venta como reses. Los interesados llegaban, los examinaban, y cerraban trato.

Fué así, en esa tarea, que conocí al capitán Alejo. Era un hombre valiente, de facciones duras y mirar frío. Traña botas, sombrero ancho y rebenque en la mano. Detrás de él, como sombra, un capataz mal encarado.

El capitán advirtió mi presencia, me hizo preguntas y al cabo me propuso servicio en su fazenda.

Acepté e hice, a pie, en compañía del lote de negros adquirido, aquel viaje al interior del país nuevo donde todo era novedad para mí.

Llegamos. La fazenda del Fundao, establecida hacía poco, en su apogeo ya, riquísimo de cañaverales, ganadería y café en sus inicios. Me dieron servicios leves, compatibles con la edad y mi falta de experiencia de la tierra. Y siempre, subiendo de puesto, continué allí hasta alcanzar la edad de veinte años.

La familia del capitán vivía en la Corte. Los hijos varones venían todos los años a pasar una temporada en el campo, llenando la fazenda de locas travesuras. Las niñas, entonces en el colegio, allá se quedaban aun en las vacaciones. Sólo vinieron una vez, con la madre, doña Teodora. Y esa fué nuestra desgracia...

Eran dos: Inés, la más niña, e Isabel, la mayor, lindas meninas de lujo, radiantes de juventud. Yo las veía de lejos, como figuras nobles de romance, inaccesibles; y me acuerdo del efecto que en aquel desierto tosco, asalvado por la esclavitud retinta, hacía la imagen de las niñas ricas, vestidas siempre a la moda de la corte. Eran princesitas de cuentos de hadas que provocaban un solo sentimiento: adoración.

Un día...

Aquel salto de agua — ¡allá oigo su lejano rumorero! — era el bañero natural de la fazenda.

Me recuerdo bien—era domingo, y yo en holganza, salí temprano a «pajarear». Seguí por la margen, riacho arriba tirando con honda sobre pájaros ribereños.

Un «carpintero» de cabeza roja se burló de mí. Erré el tiro y presa de bríos me eché en su persecución. Y salta aquí, salta allá, cuando me di cuenta estaba embreñado en la gruta de la cascada, donde, en un gajo de ingá, pude ver mejor a mi presa y sacudirle hondazos.

Cayó el pájaro lejos de mi alcance y chapalee entre los taclarís para agarrarlo. En esto, por un claro del ramaje, divisé abajo la bacía de piedra donde el agua golpeaba.

Pero quedé estático. Dos ninfas desnudas jugaban en la espuma.

Las reconocí. Eran Isabel y su mucama predilecta, de su misma edad, Liduina.

¿Quién hay insensible a la belleza de la mujer en flor, y más aún, vista así, en su desnudez, en un cuadro agreste como aquel? Lo imprevisto de la visión ofuscó mis ojos.

Isabel me deslumbró.

Hirvió en mis venas la sangre.

¡Veinte años!

El momento de las erupciones incoercibles... Inmóvil como estatua, allí permanecí en éxtasis el tiempo que duró el baño. Tengo aún el cuadro en mi imaginación. La gracia con que ella, con la cabeza erguida, la boca entreabierta, presentaba el pecho al golpe de las aguas... Los sustos y grititos nerviosos, cuando garabatos derivantes chocaban con su epidermis... Las zambullidas de sirena en la bacía y el emerger del cuerpo aljofarado de espuma...

Duró unos minutos el baño fatal. Después se vistieron sobre una piedra seca, y allá se fueron, contentas, como maripositas azules en mañana de sol.

Permanecí en el mismo lugar, estático, rememorando el cuadro, el más lindo cuadro que mis ojos han visto.

Impresión de ensueño...

Aguas de cristal rumoreante; frondas rociadas suspendidas sobre la linfa como escuchando su murmullo; un rayo de sol matutino, filtrado entre las ramas, pintarrajeando de oro trémulo la desnudez de los náyades...

¿Quién podrá nunca olvidar un cuadro así?

.....

Aquella impresión me mató. Nos mató...

.....

Salí de allí transformado.

No era ya el humilde sirviente de la fazenda, contento de su suerte. Era un hombre blanco y libre que deseaba una mujer hermosa. A partir de allí mi vida iba a girar en torno de aquella aspiración.

Nació en mí el amor, vigoroso y fuerte, como las hierbas locas de los sembrados después de las cosechas.

Día y noche un solo pensamiento me llenaba el cerebro: Isabel. Un deseo sólo: verla.

Un solo objetivo en mi frente: poseerla.

Pero a pesar de blanco y libre, ¡qué abismo me separaba de la hija del fazendeiro! Era pobre. Era un subalterno. Era nada.

Pero el corazón no ratiocinía y el amor no mira hacia las conveniencias sociales. Y así, repudiando obstáculos, creció él en mi pecho como crece un río en tiempos de inundación.

* * *

Me acerqué a Liduina, la mucama.

El instinto me dijo que el camino era por allí.

Me acerqué a la mujer, y luego de haberle caído en gracia, captándome su confianza, le dije un día mi tortura.

—Liduina, tengo un secreto en el alma que me mata, pero tú podrás salvarme. Solamente tú. Necesito de tu auxilio... ¿Me lo prometes?

Ella se espantó de la confidencia, pero insistida, rogada, implorada, me prometió cuanto le pedí.

¡Pobrecita! Poseía un alma hermana de la mía y fué, al comprender su alma que por primera vez advertí todo el horror de la esclavitud...

Le abrí mi pecho, y con frases ardientes le revelé el amor que me consumía.

Liduina, al principio, se asustó. Era grave el caso. ¿Pero quién se resiste a la dialéctica de los apasionados? Y vencida, al fin, prometió ayudarme.

* * *

Liduina procedió por partes haciendo desabrochar el amor en el corazón de su amita sin que ésta se diera cuenta.

Al principio una vaga y discreta alusión a mi persona.

—Niña, ¿conoce a Fernando?

—¿Fernando?... ¿Quién es?

—Un mozo lindo, lindo, que vino del reino y está encargado del ingenio...

—Si lo vi, no me acuerdo.

—Pues repare en él. Tiene unos ojos...

—¿Es tu novio?

—¡Quién me lo diera!...

* * *

Esa fué la iniciación del juego. Y así, a poco, en hábil dosaje, hoy una palabra, mañana otra, en el espíritu de Isabel nació la curiosidad: paso número uno del amor.

Un día, Isabel quiso verme.

—Hablas tanto de ese Fernando, de los ojos de ese Fernando, que estoy curiosa de verlos.

Y me vió.

Estaba yo en el ingenio, dirigiendo el trapiche de la caña, cuando ambas entraron, con una copa en la mano. Venían con el pretexto del jugo.

Liduina se allegó a mí y pidió:

—Señor Fernando, una copa de jugo para la niña Isabel.

• La niña me miró de frente, yo no pude sostener su mirada. Bajé los ojos, conturbado. Yo temblaba, balbucía apenas, en aquella embriaguez del primer encuentro.

Di órdenes a los negros y luego escurrió del pico un chorro fofo de jarabe espumeante. Tomé la copa de manos de la mucama, la llené y se la ofrecí a la náyade. Ella la recibió con simpatía, bebió a traguitos y me pagó el servicio con un «¡Gracias!» delicioso, mirándome de nuevo en los ojos.

Por la segunda vez bajé los míos, turbado.

Salieron.

Más tarde, Liduina me contó lo demás: un pequeño diálogo.

—Tenías razón — dijole Isabel, — es un lindo muchacho. Pero no le vi bien los ojos. ¡Qué timidez! Parece que tuviera miedo de mí... Dos veces que le miré de frente, dos veces bajó la vista.

—Vergüenza — dijo Liduina. — Vergüenza o...

—¿O qué?

—No lo digo...

La mucama, con su fino instinto de mujer, comprendió que aun no era tiempo de pronunciar la palabra amor.

Díjola algunos días después, cuando advirtió a la chiquilla en suficiente sazón para oirla sin escándalo.

Paseaban por la quinta de la fazenda, entonces en el auge de la florescencia.

Los naranjos nevados de flores extendían por el suelo una alfombra de pétalos muertos.

El aire embriagaba, ¡tanto perfume iba envuelto en él!

Millares de abejas y de picaflores zumbaban y silbaban en un delirio de orgía.

Era la fiesta anual de la miel.

Liduina, advirtiendo en Isabel el trabajo de los hechizos ambientes, aprovechó la ocasión para avanzar un paso más.

—Cuando venía, vi al señor Fernando sentado en la piedra del muro. Una tristeza...

—¿Qué será lo que tiene? ¿Saudades de su tierra?

—Quién sabe. Saudades o...

—¿O qué?

—... O amor.

—¡Amor! ¡amor! — dijo Isabel sorbiendo el aire embalsamado. — ¡Qué linda palabra, Liduina! Yo, cuando veo un naranjal, florido así, la palabra que me viene a la idea es esa: ¡amor! ¿Pero amaré él a alguien?

—Seguramente. ¿Quién no ama en este mundo? Las aves, las mariposas, las avispas...

—¿Pero él a quién amaré? A alguna negra de la chacra, seguramente... — y rió desmedidamente.

—¿El? — exclamó Liduina en un mohín. — No es de esos, no, niña. Mozo pobre, pero de condición. Para mí que ha de ser hijo de algún hidalgo del reino que anda por aquí oculto...

Isabel quedóse pensativa.

—¿Pero a quién amaré él, entonces, aquí, en este desierto de blancos?

—Pues a las blancas...

—¿Cuáles?

—La niña inesita... la niña Isabelita...

La mujer desapareció por un momento para ceder su lugar a la hija del fazendeiro.

—¿Yo? ¡Qué gracioso! Era lo único que me faltaba...

Liduina calló. Dejó que la semilla sembrada corriese el término de su germinación. Y viendo una pareja de mariposas que se perseguían con estallidos de alas, cambió el rumbo de la conversación.

—¿Ha visto, niña, estas mariposas de cerca? Tienen dos números debajo de las alas: ocho, ocho. ¿Quiere verlas?

Corrió tras ellas.

—¡No las agarras! — gritó Isabel divertida.

—Pero agarro ésta, aquí — replicó Liduina, cogiendo una, tarda y pesada, y trayéndola pataleando entre los dedos.

—Es como ver una corteza de árbol con musgo. ¡Simuladora! Así se disfraza, que nadie la ve cuando está sentadita. Es como el periquito que está gritando en un árbol sobre la cabeza de uno, y uno no le ve.

—A propósito de periquito. ¿por qué la niña no consigue un casal?

Isabel tenía el pensamiento lejos. La mucamita bien lo sospechaba, pero muy sagaz continuaba en su charla.

—Dicen que se quieren tanto los periquitos, que cuando uno de ellos se muere, el compañero se suicida. Tío Adán tuvo uno así, que se ahogó en un charco de agua el día que la periquita murió. Sólo entre los pájaros pasan esas cosas...

Isabel continuaba absorta. Pero en un momento dado rompió el mutismo:

—¿Por qué te acordaste de mí en ese asunto de Fernando?

—¿Por qué? — repitió Liduina arteramente. — Porque es tan natural eso...

—¿Te dijo alguien algo?

—Nadie. Pero si él ama de amor, aquí en este desierto, y está

así ahora, después que la amita llegó, ¿a quién ha de amar?... Póngase en su caso. Si la niña fuese él, y él fuese la niña...

Ambas callaron y el paseo concluyó en el silencio de los que dialogan consigo mismo.

* * *

Al otro día, antes que Liduina abordase el tema predilecto, le dijo Isabel:

—Pero, Liduina, ¿qué es amor?

—¿Amor? — respondió la lista mucama en quien el instinto substituíra la cultura. — Amor es una cosa...

—... que...

—... que viene, que viene...

—... ¡y llega!

—... y llega y se apodera de una. Tío Adán dice que el amor es enfermedad. Que la gente tiene sarampión, viruela loca, tos larga, paperas y amor; cada enfermedad en su tiempo.

—Pues yo he tenido todo eso — respondió Isabel, — y no tuve amor...

—Sosíéguese, que no se escapará. ¡Tuvo las peores y no ha de tener la mejor! Aguarde que un día viene el...

Guardaron silencio.

De pronto, Isabel aferró el brazo de la mucama y mirándola fijamente a los ojos, preguntóle:

—¿Eres mi amiga de corazón, Liduina?

—¡Un rayo me mate en este momento, si...!

—¿Eres capaz de guardar un secreto, pero un secreto eterno, eterno, eterno?

—¡Un rayo me mate...!

—¡Calla la boca!

Isabel vacilaba.

Luego, en ese deseo vehemente de confidencia que nace con el primer claror de la luna del amor, dijo, ruborizándose:

—Liduina, me parece que me voy enfermando... de la enfermedad que faltaba.

—Pues ya es tiempo — exclamó la ladina abriendo desmesuradamente los ojos. — Diez y siete años...

—Diez y seis.

—Diez y seis y once meses. ¡Es tiempo!...

Y luego, cavilosa:

—¿Algún hidalguito de la Corte?

Isabel vaciló de nuevo; al fin dijo:

—Tengo, en Río, un enamorado; pero sólo es un galanteo. Amor, amor, de aquel que hierva aquí dentro, de aquel que viene, que viene y llega, ¿no?... No, allá...

Y en cuchicheo al oído de la mucamita, ruborizándose como una granada:

—¡Aquí!...

—¿Quién? — inquirió Liduina simulando asombro.

Isabel murmuró imperceptiblemente:

—¡El!

Corrigiése de pronto, sin embargo.

—Pero sólo es un comienzo chiquititito. Viene, viene...

* * *

Vino y llegó. Llegó. Llegó y destruyó todas las barreras. Destruyó nuestras vidas y acabó destruyendo esta fazenda. Estas ruinas, estas lechuzas, estos murciélagos, todo esto es la florescencia de un grande amor...

¿Por qué así ha de ser la vida? ¿Por qué los hombres, a fuerza de orgullo, han de impedir que el botón de la planta maravillosa reviente en flor? ¿Y por qué han de transformar lo que es cielo en infierno, lo que es perfume en dolor, lo que es luz en tinieblas, lo que es belleza en calavera?

* * *

Isabel, primor de fragilidad femenina avivada de encanto tropical, poseía ese «qué» perturbador de las orquídeas. Su belleza no era al molde de la belleza regordeta y colorada, fuerte y sana, de las mozas de mi tierra espiritualizábala algo de velotura, de aquel esfumado de las segundas impresiones en las que el retoque desvanece la fuerza en un crepúsculo de gracia.

Por eso mismo, más fuertemente me seducía la pálida princesita.

A la inversa, lo que a ella le seducía en mí era la fuerza varonil y trasbordante, la noble rudeza de mis instintos que iban hasta la audacia de poner los ojos en la altura en que ella se cernía.

* * *

El primer encuentro fué... casual. Mi acaso era Liduina. Su genio instintivo de rústico Ariel la hacía siempre la buena hada de nuestros amores.

Fué así.

Estaban las dos, en la quinta, delante de un pitanguero enrojecido de frutos.

—¡Qué lindas pitangas! — exclamó Isabel. — Sube, Liduina, y bájame un puñado.

Liduina se aproximó al árbol, hizo vanas tentativas para trepar a los gajos altos.

—¡Imposible, niña! Sólo si llamásemos a alguno. ¿Quiere?

—Pues ve por alguien.

Liduina partió corriendo e Isabel tuvo la nítida previsión de «quién» vendría. En efecto, momentos después aparecía yo.

—Discúlpeme — dijo la joven. — Pedí a esta atolondrada que llamase a algún negro para bajar pitangas, y fué ella a molestarlo...

Turbado por su presencia y con el corazón a saltos, tartamudee, para decir algo:

—¿Son pitangas lo que quiere?

—Sí. Pero falta un canastillo que Liduina ha ido a buscar.

Pausa.

Isabel, tan dueña de sí, la noté en ese momento cohibida como yo. No tenía qué decir. Guardaba silencio. Al fin:

—¿Muele caña hoy? — preguntóme.

Tartamudee que sí, y nuevo silencio medió. Para romperlo Isabel gritó, en dirección a la casa:

—¡Anda de prisa, muchacha! ¡Qué tortuga!...

Y luego, volviéndose hacia mí:

—¿No tiene nostalgias de su tierra?

Despegóseme la lengua. Respondí que las tuve, pero que ya no las tenía.

—Los primeros años los pasé llorando a la noche, nostálgico de todo lo de allí. Sólo el que emigró sabe el dolor del fruto arrancado al árbol. Al fin, me conformé. Y hoy... el mundo entero para mí está aquí, en estas montañas.

Isabel comprendió la intención y quiso preguntar por qué. Pero no tuvo valor. Saltó a otro asunto.

—¿Por qué motivo sólo las pitangas de este árbol son buenas? Las otras son tan agrias...

—Acaso — dije yo — porque este árbol es feliz y los otros no. Lo que agría a los hombres y a las cosas es la desgracia...

—¿Y es agrio usted?

—Lo fui, como el limón, luego que vine hacia aquí. Hoy... soy amargo...

—¿Se juzga infeliz?

—Más que nunca.

Isabel arriesgóse:

—¿Y por qué?

Respondí intrépidamente:

—Usted que es una niña rica no imagina la posición desgraciada de quien es pobre. El pobre forma en este mundo una casta maldita, sin derecho a nada. El pobre no puede nada...

—Puede, sí, una cosa...

—¿.....?

—Enriquecer. Imagino que los ricos antes de serlo fueron pobres.

—No hablo de la riqueza del dinero. Esa es fácil de alcanzar. depende tan sólo de esfuerzo y habilidad. Hablo de cosas más preciosas que el oro. Un pobre, tenga el corazón que tuviere, sea la más noble de las almas, no tiene el derecho de alzar los ojos a ciertas alturas...

—¿Y si la altura quisiera descender hasta él? — replicó audaz y vivamente la chiquilla.

Vacíle en un atontamiento de felicidad, pero argüí, simulando incredulidad:

—Ese caso sucede a veces, en las novelas... ;En la vida, nunca!

Callamos de nuevo y en ese interin Liduina reapareció sofocada, con el canastillo en la mano.

—Me costó encontrarlo — dijo la pícara justificando la demora. — Estaba caído detrás del tocador.

La mirada que le lanzó Isabel decía: «¡embustera!»

Tomé la cesta y me dispuse a trepar al árbol.

Isabel, sin embargo, intervino:

—¡No! Ya no quiero pitangas. Ahora caigo en que si las como, pierdo las ganas para el jugo del mediodía. Queda para otra vez. Y volviéndose hacia mí, amable:

—Quiera usted disculparme...

La saludé, ebrio de felicidad, y allá me fui con aleluyas en el alma, con el mundo danzando en torno mío.

Isabel me siguió con la mirada, pensativamente.

—Tenías razón, Liduina; es un chico que vale por todos aquellos pavitos de la Corte. Pero, ¡pobre!... ¡Se lamenta tanto de su condición!...

—¡Boberías! —graceó la mulatita, trepando a la pitanguera con la agilidad del mono.

Isabel viendo aquello, sonrió y murmuró reprensiva y maliciosa:

—Tú, Liduina, tú...

La chiquilla que tenía entre los dientes blanquísimos el rojo de una pitanga, chilló en una risita pícarasca:

—¿Pues no sabe usted, amita, que soy más su amiga que su esclava?

El amor es el mismo en todas partes y en todos los tiempos. Aquel embeleso del primer encuentro es el eterno embeleso de los primeros encuentros. Aquel diálogo a la sombra del pitanguero es el eterno diálogo de las iniciaciones. Así, nuestro amor, tan nuevo para nosotros, reproducía un juego como el mundo.

Nació en Isabel y en mí el sexto sentido maravilloso. Comprendíamos, adivinábamos y descubríamos medios de inventar los más imprevisos encuentros; encuentros deliciosos, donde una mirada bastaba para la permuta de mundos de confidencias...

Isabel me amó.

¡Qué período de vida aquél!

Yo me sentía alto como las montañas, fuerte como el océano y todo resplandecer de cielo por dentro.

Era rey.

La tierra, la naturaleza, las estrellas, la luna, la luz, el calor, el sonido, todo existía tan sólo para el ambiente de mi amor. No era ya vida aquel mi vivir, y sí un éxtasis permanente.

* * *

Yo rememoraba, frase por frase, aquel último encuentro con mi amada, bajo la sombra de la marianeira ribereña, cuando, dentro de la noche, oí ruidos en la puerta. Alguien corría el cerrojo y entraba. Me senté en la cama sobresaltado. Era Liduina. Tenía los ojos llenos de espanto y fué con voz jadeante que atropelló las últimas palabras que le oí en vida:

—¡Huya! ¡El capitán lo sabe todo! ¡Huya, que estamos perdidos!...

Dijo, y se esquivó hacia el patio como una sombra...

El choque fué tan tremendo, que me sentí vacío de cerebro. Cesé de pensar...

* * *

Más tarde, vi súbitamente penetrar a mi cuarto al capitán. Lo acompañaban dos capataces, como sombras.

Entró y cerró la puerta tras sí.

Se detuvo a una distancia.

Me miró.

Sonrió.

—Voy a darte una linda novia—dijo.

Y con un gesto, a sus secuaces:

—¡Amárrenlo!

Desperté de mi vacuidad. El instinto de conservación retezó todas mis energías, y apenas los mercenarios se dirigieron hacia mí, me arrojé sobre ellos con furor de león a quien roban sus cachorros.

No sé cuánto tiempo duró la lucha horrorosa; sé apenas que, a las tantas, perdí los sentidos, a los violentos golpes que contundieron mi cabeza.

Cuando, allá por la madrugada, desperté, me vi en el suelo, con los pies doloridos amarrados al cuerpo. Llevé la mano a los ojos sucios de polvo y sangre, y entreví a mi lado, en el extremo del cepo horrible, un cuerpo desmayado de mujer.

Era Liduina...

Percibí todavía que había más gente por ahí.

Miré.

Dos hombres, armados de piquetas, abrían un ancho boquete en la espesa pared del cuarto.

Otro, un albañil, mezclaba cal y arena, en el suelo, junto a una pila de ladrillos.

También estaba el fazendeiro, de brazos cruzados, dirigiendo la obra. Viéndome despierto, se acercó a mi oído y murmuró con frío sarcasmo las últimas palabras que oí sobre la tierra:

—¡Mira hacia allá! Tu noviecita es aquella pared...

¡Todo lo comprendí: iba a emparedarme vivo!...

* * *

Aquí se interrumpió la historia del «otro», como la escuché. Repito que no la oí así, en este orden literario, sino murmurada en soliloquio, en arranques, a veces en sollozos, otras en un ceceo imperceptible. Tan extraña era esa forma de narrar que el viejo tío Benito no entendió nada.

Y fué con ella burbujeando, quemándome el cerebro que vi llegar la mañana.

—¡Bendita seas, luz!

Me levanté alborozado.

Abrí la ventana y renací de los horrores nocturnos.

El sol estaba allá, acechándome por entre las copas de los árboles.

Sus rayos de oro me invadieron el alma. Barrieron de ella los floques fluctuantes de tinieblas que aun la oscurecían, cual cabellera de pesadilla.

El aire limpio y fino llenó mis pulmones con la delirante vida matutina.

Le respiré alegremente, a sorbos largos.

¿Y Jonás? Dormía aún, con las facciones en reposo.

Era «él» otra vez.

El «otro» huyó con las tinieblas de la noche.

Tío Benito, despierto también, enrollaba la estera rota.

—Tío Benito — le dije. — Cuénteme el resto de la historia. ¿Qué fin tuvo Liduina?

El viejo negro se dispuso a contarla, a partir del punto en que la había interrumpido.

—¡No!—intervine.—Ahórrese todo eso. Sólo quiero saber qué fin tuvo Liduina después que el capitán hizo desaparecer al joven.

En el rostro de tío Benito se pintó el asombro.

—¿Cómo el blanco sabe de eso?

—Soñé, tío Benito.

Permaneció unos instantes estupefacto aún, costándole creer. Luego narró:

—Liduina murió en el azote, ¡la pobrecita! ¡Tan en la flor, diez y nueve años!... Gabriel y Esteban, los verdugos, tajearon su cuerpecito de niña con la lonja del rebenque... La madre de ella, que sólo en la hora del castigo supo lo ocurrido en la víspera, corrió como una loca hacía la casa del tormento. En el momento de empujar la puerta y de mirar, un chicotazo abría una herida en el seno izquierdo de su hija... Antonia lanzó un grito y cayó hacia atrás, como muerta...

A pesar de lo radioso de la mañana mis nervios se estremecieron a las palabras del negro.

—¡Basta!, ¡basta!... ¡Basta de Liduina! Ahora quiero saber qué suerte tuvo Isabel.

—A la niña Isabel nadie más la vió en la fazenda. La llevaron a la Corte, y acabó más tarde — dijeron — en el Hospicio.

—¿Y Fernando?

—Ese se sumió. Nadie supo más de él, nunca, nunca...

* * *

Jonás acababa de despertar. Y al ver luz en el cuarto, sonrió. Se quejaba de un peso en la cabeza.

Le interpeleé acerca del eclipse nocturno de su alma, pero Jonás dió a entender que estaba ajeno a todo.

Arrugó la frente. Reflexionó.

—Apenas recuerdo que una «cosa» me invadió, que fui maniatado, que luché con desesperación...

—¿Y después?

—¿Después?... Después un vacío...

* * *

Salimos afuera.

La casa maldita, sumergida en la onda de luz matinal, perdió su aspecto trágico.

Le dije adiós, para siempre...

—¡Vade retro!...

Y fuimos a la casucha del negro para engullir el café y ensillar los caballos.

De paso, espíe por entre las rejas de la casa del tormento: en la pared espesa había un trecho murado con ladrillo...

Me alejé horripilado...

Y guardé conmigo el secreto de la tragedia de Fernando. Sólo yo en el mundo lo sabía, relatado por él mismo, ochenta años después de la catástrofe.

¡Sólo yo!

Pero como no sé guardar secretos, se lo revelé, durante el camino, a Jonás.

El se rió largamente y dijo extendiéndome el dedo meñique:

—¡Muerde aquí!... No te empeñes, querido. No sirves para novelista...

Monteiro Lobato

Sumario del No. 15 de

“EL SUPLEMENTO”

que aparecerá el 18 de Mayo

PORTADA, por Vanini.

POR DIOS LO JURO, por José Antonio Saldías. Ilustró Makó.

EL PEOR DEFECTO, por Pedro Sondereguer. Ilustró Ocampo.

DE NUEVO CUÑO, por Josué Quesada. Ilustró Marchisio.

EL SECRETO DEL BAR CAVOUR, por Héctor Pedro Blomberg.

Ilustró Makó.

EL COBARDE, por Silvio Pereira. Ilustró Makó.

ANTE LA MUERTE, por Joaquín Dicenta. Ilustró Verdugo Landí.

LO QUE EL PERRO VEIA, por Edgar Poë. Ilustró Blanco.

EL ULTIMO BESO, por Tristán Bernard. Ilustró Zavattaro.

LOS ANTEOJOS AMARILLOS, por E. Buel. Ilustró Cazenove.

EN VIAJE, por Guy de Maupassant. Ilustró Römer.

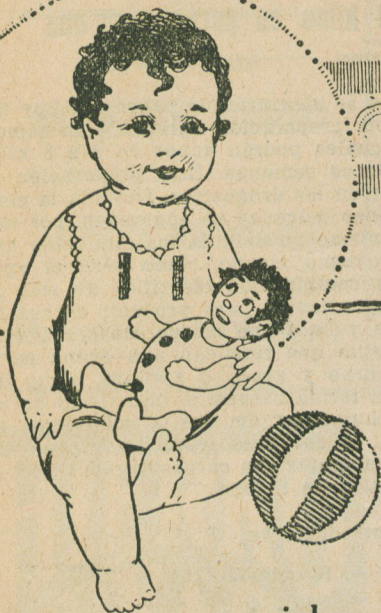
LA PERSECUCION, por Allain D'Alzan. Ilustró Wallace.

MODAS. Sombreros y vestidos.

AUTOBIOGRAFIA de José Antonio Saldías.

LLOYD HUGUES. Actor de Cine.

EN LA HORA DE LA MUERTE, por Arturo Capdevila.



Para prevenir con eficacia las probables enfermedades de los niños, debe cuidarse muy especialmente su alimentación.

Intercale en las comidas diarias de su hijito la

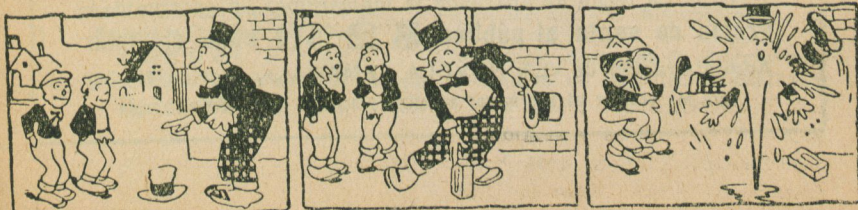
“Germinase”

(El alimento de los hijos de médicos).

Es el único alimento natural, en su género, que posee positivas cualidades nutritivas y especiales dotes de asimilación.

La “GERMINASE” se vende en todas las farmacias y casas de alimentación del mundo entero.

HISTORIETA MUDA



De interés a los delgados que deseen engordar

Aumentarán de 3 a 8 kilos en pocas semanas

Hombres y mujeres delgados se alegrarán de saber que hoy día la ciencia pone a su alcance una preparación agradable de tomar, en forma de pastillas, con las cuales podrán ganar de 3 a 8 kilos de carne sólida y durable en pocas semanas. Esta preparación se llama Sargol y se puede comprar en las droguerías. Hoy día la ciencia ha descubierto que las personas delgadas no engruesan, por mucho que coman, porque su organismo no asimila los alimentos que recibe, dejándolos pasar sin provecho alguno, como pasa el agua por una canasta. Sargol es una combinación científica de seis de los más poderosos y eficaces ingredientes para producir carnes de que dispone la química moderna y hace que las personas delgadas no desperdicien sus alimentos, sino que retengan una buena parte de ellos para convertirlos en carne y grasa o gordura, como los convierte sin ayuda extraña y en forma natural el organismo de las personas sanas y robustas. El aumentar de tres a ocho kilos en pocas semanas, tomando Sargol, es una cosa frecuente y aconsejamos a toda persona que desee aumentar sus carnes y redondear su figura, probar el Sargol sin pérdida de tiempo.

Unicos introductores:

MILANTA & C^o — Rivadavia 1255.

“TODO EL AMOR”

por PEDRO SONDEREGUER

Es el libro extraordinario que en breve publicaremos

Sonderguer en «Todo el amor» se ha superado de un modo increíble. El asunto intenso y emocionante de la obra atterra por la magnificencia de su realismo avasallador, al presentar el caso de amor único que ofrece, constituye con toda seguridad la concepción más formidable y atrevida que pueda forjar la imaginación de un novelista.

La publicación de este libro será, pues, el éxito más ruidoso de todas las ediciones contemporáneas habidas.

Dado el carácter fuerte y la extensión de «Todo el amor», será publicado en un tomo de 300 páginas, por lo que advertimos que todo pedido deberá hacerse desde ya, acompañando el importe, puesto que la obra no se reeditará.

Los interesados por el libro deben solicitarlo desde ya a esta Administración, acompañando su importe, pues siendo su tiraje limitado, llegando el pedido con retardo no podremos servirlo. La fecha de aparición la indicaremos en oportunidad.

Precio de venta al público \$ 2.50 cada ejemplar

Administración de «LA NOVELA SEMANAL», Florida N^o 248

Para los pedidos al por mayor solicitan precios a esta Administración

"ANITA JOHNSON"

NOVELA POR
HECTOR PEDRO BLOMBERG

Aparecerá próximamente

Precio: UN PESO

HIERRO NUXADO

ACEPTE
SOLO EL
LEGITIMO

Da a los Hombres
energía y robustez;
a las mujeres
esbeltez y buenos
colores.

Más de tres millones
de personas
lo toman anualmente
como fortificante de la
Sangre y de
los Nervios.



PRECIO DEL FRASCO \$ 2.-
Representantes por mayor
MENDEL & CIA.

Guardia Vieja 4439 - Be. As. - Montevideo - Asociación

MUSICA a 0.20 CTV

Métodos a mitad de precio
Solicite catálogo
de música y
métodos
GRATIS



Acordeones

recién llegados de Alemania
de 8 bajos y 19 voces
muy buena calidad \$

30.90

Violin Alemán

"Steiner" completo con arco estuche
y pez \$ 40.- y

35

Embalaje gratis



VENTAS POR MAYOR Y MENOR

CASA GRINBERG

de DAVID GRINBERG

CHACABUCO 123

SUENOS AIRES

Sí por desgracia

padece usted hemorroides, no espere recobrar la tranquilidad y la salud, mientras no se decida a emplear el Noridal, medicamento de notable y comprobada eficacia en la cura de esta dolorosa afección.

Con el uso del Noridal evitará usted los dolores, insomnios, hemorragias y, lo que es más peligroso, la formación de úlceras o fístulas, que hagan necesaria una cruenta operación quirúrgica, de posibles consecuencias graves.

La acción del Noridal es rápida, eficaz y segura, y como viene envasado en pomos provistos de una cánula con orificios para la distribución del medicamento, no existe el peligro de adquirir infecciones, como suele ocurrir con el empleo de específicos análogos.

SORPRESA
DE LA
CIENCIA

RADIOSOL VEGETAL

SORPRESA
DE LA
CIENCIA



Elvira Picasso



Luis Intrieri



Lucía G. de Márquez

Por más de tres años he venido padeciendo de un catarro pulmonar crónico con intensa tos, fatiga y grandes transpiraciones nocturnas que me producía un debilitamiento extraordinario; padecía también de dilatación de estómago y de frecuentes mareos. Me sometí a variadísimos tratamientos sin resultado alguno; por último experimenté el «RADIOSOL VEGETAL» y en dos meses de tratamiento con este medicamento me encuentro perfectamente restablecida, habiendo desaparecido por completo la tos, catarro, fatiga, los mareos, hoy tengo gran apetito y como toda clase de alimento sin sentir molestia alguna, me encuentro completamente tonificada y he aumentado varios kilos de peso. — (Firmado) Elvira Picasso. — S[c]. Bolívar N° 953, Buenos Aires.

He venido padeciendo por algún tiempo de reumatismo y ciática que me producía intensos dolores tanto de día como de noche, que no me permitían reconciliar el sueño. Aconsejado por un

amigo experimenté el «RADIOSOL VEGETAL» y con este extraordinario medicamento en un mes de tratamiento me encuentro completamente sano, habiendo desaparecido todos los dolores reumáticos y de ciática, duermo perfectamente bien y no siento ningún malestar, puedo caminar largas distancias y hacer toda clase de ejercicio sin sentir cansancio. — (Firmado) Luis Intrieri. S[c]. Venezuela N° 2408, Buenos Aires.

He padecido por varios años de cálculos al hígado y a los riñones y de una afección cardíaca al corazón; habiendo sido atendida sin resultado alguno por distinguidos facultativos. Me sometí a la cura del «RADIOSOL VEGETAL» y en el término de dos meses me encontré completamente curada, habiendo desaparecido todas las afecciones al hígado, riñón y corazón; he aumentado trece kilos de peso y gozo de un completo bienestar. — (Firmado) Lucía G. de Márquez. — S[c]. Arcos N° 2340, Buenos Aires.

AVISO IMPORTANTE:

Teniendo conocimiento que personas poco escrupulosas han falsificado este específico, se recomienda al público compre el RADIOSOL VEGETAL en las buenas droguerías y farmacias.

Déposito general: Entre Ríos 171

Hacemos presente al público que esta casa no tiene corredores para la venta del RADIOSOL VEGETAL.

Expendio libre. — Certificado N° 3377.

Venta en todas las farmacias y droguerías.

Precio del frasco \$ 10.—¹⁰⁰/₁₀₀

Por pedidos y prospectos dirigirse al Dr. PABLO COGORNO ENTRE RÍOS 171.—Unión Telefónica 7327, Lib.—Buenos Aires.

Aguas de Colonia

Destiladas sobre florés

Reims LE SANCY *Nora* JARDY
Kendal *Duc*



"KENDAL"
 Exquisita y Suave
 Frasco: Grande \$ 5.80
 Loción ,, 3.60



"LE SANCY"
 SIMPLE
 (Frasco verde)
 Ideal para el baño
 Frascos: Grande \$ 3.70
 Medio ,, 2.20
 Cuarto ,, 1.50
 Chico.. ,, 0.45



"REIMS"
 De perfume selecto
 Frascos: Grande. \$ 10.—
 Medio.. ,, 6.70
 Cuarto ,, 3.90



"JARDY"
 Antiséptico y
 Desodorante
 Frascos: Grande \$ 4.70
 Medio ,, 2.90
 Cuarto ,, 1.90



"LE SANCY"
 LOCION
 Deriva e inconfundible fragancia. \$ 2.90

Se venden en todas las Tiendas,
 Farmacias y Perfumerías



"DUC"
 Única por su
 delicioso aroma
 Frasco: Grande \$ 6.80

"LE SANCY"
 AMBREE
 (Frasco blanco)
 Deliciosa para
 el tocador
 Frascos: Grande \$ 5.70
 Medio ,, 3.30
 Cuarto ,, 2.—

NOTA: Los precios de venta para las Aguas de Colonia rigen solamente en la Capital. Para el interior se aumentan 20 cts. los frascos grandes, tamaño de 1 litro y 10 cts. los demás. OTRA: Los precios de estos productos en la República del Uruguay son los mismos que se publican aquí reducidos a oro uruguayo.



"NORA"
 EXTRAFINA
 Frascos: Grande \$ 7.50
 Medio ,, 4.50



BLAS L. DUBARRY
 458, MEDRANO 478, BUENOS AIRES
 1575, Defensa, 1585 - Montevideo



Del imán la propiedad
 Tiene la untura Amilal,
 Pronto atrae y saca el mal
 Que causa la enfermedad.

Amilal

LE SACARÁ SU DOLOR
 SIN DEJARLE MAL OLO



Amilal es una untura anti-
 tireumática con la que
 basta friccionarse una
 vez la parte dolorida pa-
 ra sentir un:

INMEDIATO ALIVIO

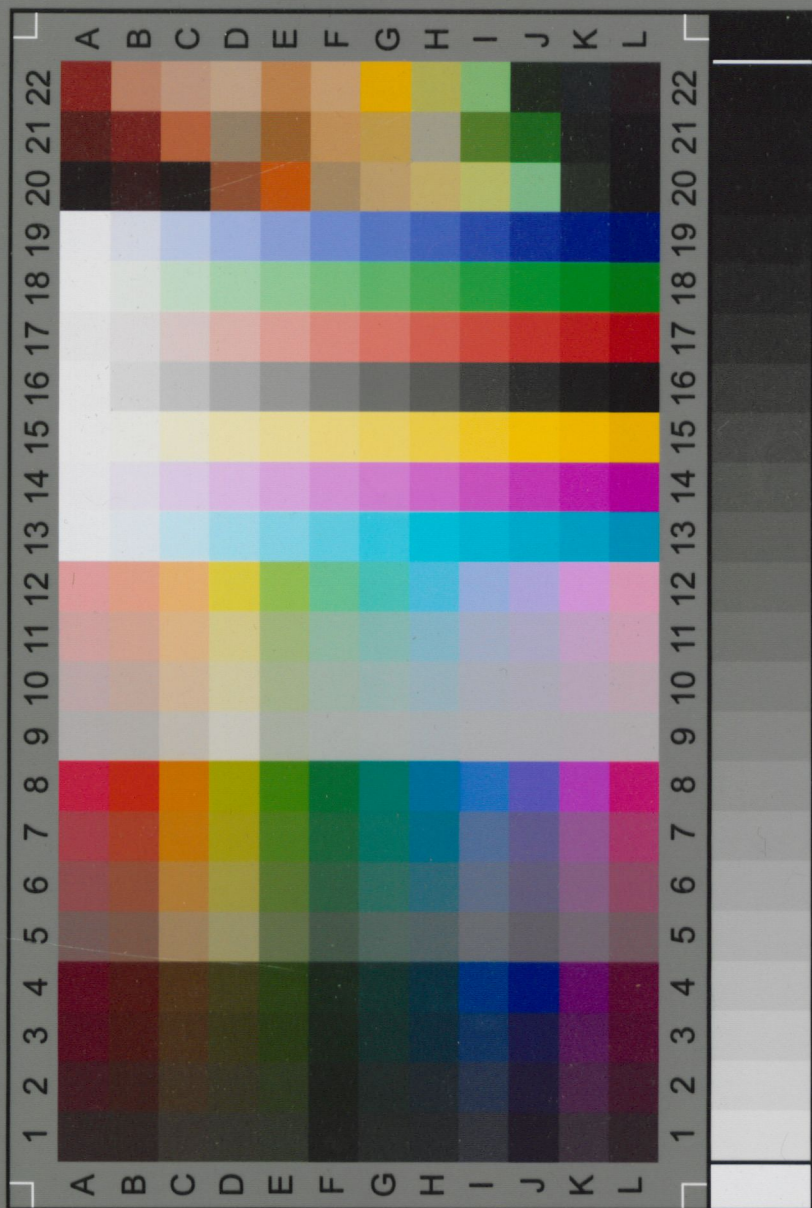
Alivio que para hacerlo
 duradero basta con seguir
 las instrucciones que trae
 el frasco.

Precio del frasco \$ 1.80

EN LAS FARMACIAS.

Laboratorio Farmacéutico Argentino

Buenos Aires



Printed on Kodak Professional Paper - Made by Wolf Faust (www.coloraid.de)

Charge: R100204

IT8.7/2-1993

2010:02

PRIMERA Y UNICA PUBLICACION EN SU GENERO
PRECIO: 10 Centavos — Más de 250.000 personas la leen